

---

## 1. Del horror al compromiso (1930-1961)

No es por casualidad que los primeros recuerdos se sitúen alrededor de mi sexto cumpleaños. Los que entienden, dicen que apenas hay memoria anterior y hacia esa edad es muy justa. Pero cuando cumplés seis años en la vorágine de una guerra civil, no hay recuerdos que el tiempo empañe. Yo nací un 15 de julio, y el 18 de julio del 36 tenía seis años y tres días. Mis recuerdos se mueven por aquella geografía íntima de las calles de Bellvís, un pueblo entonces de apenas 2.700 habitantes, de vida rural y familiar, trazada a base de esfuerzos y de trabajo. Mis imágenes de aquellos días son de mítines en la plaza, de efervescencia social, de polvo, soldados y camiones. De gente de 20 años alistándose para ir al frente de Aragón a defender la República, un régimen de esperanza que llegó cuando yo apenas alcanzaba el año de vida y que jamás llegué a saborear en plenitud.

A lo largo de aquellas semanas densas del verano del 36, pasaba un transporte por las calles haciendo colecta de alimentos para el frente y yo tengo en el desván de la memoria, imágenes de hombres y de mujeres llevando gallinas, incluso algún cordero y fundas

de almohadones repletas de harina, en un movimiento espontáneo de solidaridad y resistencia. Había un cierto entusiasmo, lo que, para los niños de entonces, era aleccionador, y también un deje de ansiedad por el futuro incierto que los militares golpistas provocaban. En mi casa, como en las de todos, se habló pronto de superar el día a día, formando cooperativas agrarias —las colectivizaciones— gracias a las tierras abandonadas de los terratenientes que, muy tempranamente, se pasaron al bando rebelde. Era aquella una economía de supervivencia que veía, con la acumulación de tierras y la explotación colectiva, una posibilidad de resistencia en tiempos de guerra.

Mis padres pertenecían, los dos, a familias numerosas, cargadas de hijos y de necesidades, como las de casi cualquiera que viviera de la agricultura en un pueblo como aquel. Mi madre tenía otros siete hermanos y ella se puso a servir, igual que hacían las mujeres de su entorno, apenas con 8 años. La familia de mi padre tenía en conjunto algunos campos de laboreo y a él, que era el menor, le tocó un jornal de tierra (de un valor medio de unos 50 duros) cuando se independizó, porque las

buenas tierras se las llevaba el hereu. El trabajo del campo, las gallinas, alguna vaca y unos pocos cerdos permitían a aquellas familias rurales mantenerse a duras penas. Trabajaban básicamente a jornal y vivían de la poca tierra que tenían o arrendaban. Y así mis padres, como mis abuelos y seguramente como los tatarabuelos. Pasaba, de padres a hijos, la noticia de que la mayoría de aquellas tierras de Lleida habían pertenecido a la Iglesia, que se llevaba un noveno de la cosecha. Y eso que entonces eran tierras de secano, cereales y algo de viña. Cuando por fin se inauguró el Canal d'Urgell, las tierras, que ya habían sido revertidas a los usuarios en parte, ganaron en producción, pero la compañía del Canal se llevaba una novena parte de las cosechas, de modo que los payeses estaban condenados a seguir malviviendo.

La lucha contra la Iglesia fue feroz en aquellas tierras en los años veinte, con cosechas y carros incendiados, puentes cortados, caminos bloqueados, mucha gente detenida, enfrentamientos a sangre con la Guardia Civil. Al final, la Iglesia tuvo que reconocer que la paz social pasaba por vender la tierra a buen precio y aceptar los pagos prolongados a medida que la gente pudiera pagar. Muchos payeses consiguieron tierras propias, pero no había un solo propietario que no estuviera endeudado de por vida. Y luego vino la batalla por el agua tras el regadío del Canal auxiliar de Urgell que también entró en funcionamiento por aquellas fechas más o menos. La gente quería dejar de pagar el porcentaje de la cosecha y se reiniciaron los conflictos hasta que se consiguió que la compañía del Canal aceptara los pagos en dinero que permitían una buena comercialización colectiva de las cosechas.

Estos dos larguísimos conflictos que se vivían en todas las familias jornaleras o con pocas hectáreas en propiedad, forjaron lentamente un odio hacia la Iglesia y lo que ésta representaba y hacia los grandes propietarios y la burguesía del Canal, y mucha gente comenzó a simpatizar con las ideas republicanas y, los más pobres, con el comunismo libertario y un socialismo ideal.

La guerra echó de casa a mucha gente joven y a bastantes padres de familia. Mi padre no fue llamado a filas porque tenía un problema visual y se pudo ahorrar el frente y una muerte posible, de aquellas que caían como al dabanazos en Bellvís cuando se escuchaban los partes de bajas. Y, además, pudo estar todo el tiempo entregado al trabajo y asegurándonos el sustento sin más agobios que los habituales. Yo, en este sentido, no me puedo quejar, pasé una buena parte de mi primera infancia sin demasiados traumas, incluso durante la guerra, y no llegué a pasar hambre —quizás no comimos mucha carne, pero no nos faltaba el pan— como sí, en cambio, ocurrió en la retaguardia de las grandes ciudades.

No tengo recuerdos de la escuela de aquellos años —yo no acudí a ella hasta después del conflicto—, pero sí, en cambio, de la convivencia con los soldados del frente de Aragón que se mantuvo estable en la misma zona a lo largo de casi dos años, y de los juegos con la gente de mi edad, niños y niñas, de acuerdo con la normal actitud abierta de las familias. Y también, como no, del éxodo de los refugiados republicanos —sobre todo ancianos, mujeres y niños— que desde el 37 bajaban del País Vasco y del Alto Aragón en camiones hacia Lleida y el interior, y que albergábamos temporalmente en nuestras casas mientras se construían un futuro propio. Tengo el re-

**Restos recuperados de las fortificaciones de Bellvís del año 38. Fotografía del Grupo de Investigación de Espacios de la Guerra Civil (GRIEGC)**



cuerdo, lejano, de una madre y de su hija, vascas, que cobijamos en la mejor habitación de nuestra casa y con las que nos entendíamos a medias en castellano, porque ellas hablaban regularmente euskera y nosotros catalán. La señora hizo muy buenas migas con mi madre y yo aprendí mis primeras palabras en castellano y alguna cosa en euskera con su hija. Tuvimos una relación entrañable, familiar y solidaria como era norma en aquellas circunstancias, pero pasado aquel período jamás volvimos a saber nada de ellas.

Durante aquellos años, Bellvís fue un universo en pequeño. La proximidad del frente y más tarde la masiva retirada republicana produjo un cambio enorme en nuestra pequeña sociedad rural. Los soldados intercambiaban ropa, comida y algo de dinero con las familias del pueblo, y los niños aprendimos del contacto con milicianos y soldados regulares, la pasión por la legalidad republicana pero también los mensajes revolucionarios de igualdad y fraternidad entre hombres y mujeres, y los sueños de una sociedad nueva donde no existirían ni señores ni mendigos, ni explotadores ni explotados. Y nos familiarizamos también, con lo que no debíamos: con las armas. Más de una de aquellas criaturas murió mani-

pulando artefactos que no debieran haber estado a nuestro alcance.

El roce hace el cariño y tal como nosotros nos encariñábamos con los soldados, los soldados se encariñaban con aquellos niños, muchos de nosotros de la misma edad de sus hijos que, en el mejor de los casos, tardarían en volver a ver, y en el peor, jamás volverían a abrazar, caídos en los frentes de batalla. Por eso mi memoria se fija en la visión de unos milicianos agotados a los que yo alguna vez llevé huevos fritos recién hechos por mi madre, con el alborozo de quien lleva agua a un moribundo en mitad del desierto.

Aquel era el estado habitual: jóvenes milicianos agotados por días enteros en las trincheras sin apenas dormir y con el alma en vilo por el peligro constante, y un movimiento permanente de tropas, armas y municiones entre el frente y nuestra retaguardia rural.

A finales del 37, el frente estaba muy débil y los soldados llegaban a miles en camiones, con el cansancio en el rostro y el desánimo en el corazón. En Bellvís se habilitaron pajares y eras para alojarlos, se construyeron campamentos improvisados bajo los árboles, se excavaron trincheras y nidos de ametralladoras y se instaló un polvorín. Algunos alma-



*Restos recuperados de uno de los refugios de Bellvís. Fotografía del Grupo de Investigación de Espacios de la Guerra Civil (GRIEGC)*

cenas del pueblo se convirtieron de la noche a la mañana en improvisadas cocinas militares que preparaban el rancho para los soldados del frente que se distribuía en camiones, y para los soldados de refresco que descansaban en Bellvís. Los niños comimos decenas de veces de aquel rancho comunitario y aprendimos canciones e historias de labios de los combatientes que seguramente dejaron una huella indeleble, aunque imprecisa, en nuestra incipiente formación.

El pueblo pasó en cosa de semanas, de 3.000 a 10.000 habitantes. Convivían en plena camaradería catalanes, vascos, valencianos, castellanos, andaluces, valencianos, aragoneses... y todos ellos con la gente de Bellvís. Era inevitable que de aquella estrecha convivencia surgieran bastantes amistades y muchos enamoramientos que produjeron algunos matrimonios una vez terminada la guerra. Unas cuantas jóvenes de Bellvís llegaron incluso a engendrar hijos con soldados que después morirían en los frentes del Segre o del Ebro. Los queridos frutos de aquellas noches de amor perderían también, con el nuevo régimen nacional católico, toda garantía de legalidad. Los matrimonios oficiados en las líneas del frente por los jefes militares no serían reconocidos como tales y las mujeres, proscritas,

perderían sus derechos, no se les reconocería, en su caso, la viudedad, se las consideraría miserablemente madres solteras y sus hijos no tendrían derecho a recibir el apellido del padre, con la ruin carga negativa que todo ello comporta.

Creo recordar que fue a finales de 1937 que los bombardeos sobre la población civil se hicieron sistemáticos. La gente de Bellvís tuvo que improvisar de la noche a la mañana refugios antiaéreos para preservarse de aquellos ataques indiscriminados de los aviones fascistas. En casa, mis padres abrieron una zanja honda en el corral cubierta con vigas de madera, cañas y estiércol seco a modo de refugio donde socorrernos ante los bombardeos. Aquellos ataques fueron constantes en todos los pueblos de la zona y en Lleida capital y como consecuencia de ellos, hubo miles de víctimas inocentes, especialmente ancianos, mujeres y niños, con un único mensaje: desmoralizar y terminar con la resistencia republicana.

Lo que hasta entonces habían sido nuevas experiencias que nos ayudaban a crecer, se convertirían muy pronto en traumáticas peripecias por el peligro constante al que estábamos sometidos. Cada nuevo bombardeo era para nuestras mentalidades infantiles una

*Jaume Valls, adolescente, acompañado por su madre, Teresa, y su hermana Carmen. Archivo familiar del autor*



llamarada de pánico. Los vuelos rasantes de los aviones y el sonido atroz de las ametralladoras representaban el horror en estado puro. Creo que fue en esas fechas que nos olvidamos de jugar. Nos convertimos en adultos con apenas 8 años y quienes hemos vivido aquella atrocidad no podremos olvidar lo que significó para nosotros.

Por aquellas fechas, muchas familias del pueblo huyeron de las bombas con lo que podían a costas, sin saber a ciencia cierta hacia dónde. Era mejor escampar que permanecer escondidos en un territorio que los fascistas se morían por arrasar. Como decenas de familias, mi padre cargó en un carro cuatro pertenencias, a mi madre, a mi y a mi hermana, y echamos a andar hacía la incógnita más absoluta. Permanecimos un tiempo instalados en un viejo almacén lleno de ratas, pero, apenas sin provisiones y sin perspectivas, pronto volvimos a casa. La guerra tocaba a su fin. Vimos, de vuelta, las enormes caravanas de refugiados y de republicanos con el alma derrotada camino de Francia y las tropas vencidas, en una dolorosa retirada hacia un exilio inhóspito y bárbaro. Aquello era la imagen viva del desamparo, pero la gente que sólo había resis-

tido las bombas y el peso de las tropas y que no se había significado excesivamente, optó por asumir el peso de la realidad y se quedó en casa. La mayoría de aquella gente era republicana por convicción, pero aceptó silenciosamente la derrota. Tres años de guerra y desolación debían dejar paso a una normalidad que se preveía lastimosa pero transitoria.

Y así vimos, una mañana de enero del 39, el avance acelerado de las tropas de Franco —que venían de Balaguer y de Terrens, rompiendo el frente del Segre— por la avenida de Las Delicias de Bellvís en dirección a Bellpuig, Tárrega y Cervera en lo que todo el mundo imaginaba que era la ofensiva final de la guerra. Cruzaron el río y en 24 horas entraron como lo que eran, un ejército triunfador de tierra quemada aplaudido a rabiar en la esquina de la plaza por unas 40 personas comandadas por el jefe de Falange, el estanquero del pueblo, que sería el inmediato alcalde. Un centenar de niños, como yo, miraban perplejos y con cierto temor el espectáculo. Muchos de aquellos fanáticos del nuevo orden eran militantes tardíos del POUM o de la CNT, gente que se cambiaron de chaqueta el primer día. Los soldados, jóvenes como aquellos otros re-



*Jaume Valls, con tres años, fotografiado en Bellvís. Archivo familiar del autor*

*Jaume Valls y su hermana Carme, de niños. Archivo familiar del autor*



publicanos que habíamos hecho nuestros y que les combatían, llevaban chokolinas que nos daban en mano con la sonrisa sincera de la amistad. Hacía años que no habíamos probado el chocolate y aquella simple acción de propaganda nos modificó el criterio: no podían ser tan malos cuando el primer día nos obsequiaban de aquel modo. Más tarde supimos que el frente avanzaba lentamente en esa área para estabilizar el flanco sur y el Mediterráneo, tras la durísima Batalla del Ebro y que aún faltaban dos meses en un avance imparables de saqueo y destrucción para que la República fuera simplemente un recuerdo. Para ese entonces, nosotros ya formábamos parte de la España fascista sin apenas darnos cuenta. Recuerdo como un relámpago, la retirada de los soldados republicanos, con todas las casas del pueblo cerradas a cal y canto para evitar que se llevaran todo lo que pudieran, pues preveían enormes dificultades antes de cruzar la frontera. Eran los nuestros los que huían y nosotros lo único que hacíamos era cerrarles las puertas para que no se llevaran lo poco que teníamos, unas gallinas, unos sacos de harina...

Fueron semanas de incertidumbre que permanecen como un suspiro en mi memoria infantil hasta el final de la guerra con la creación del estado franquista, la represión hacía

los vencidos, hacia los hijos y las mujeres de los vencidos, la constitución de los nuevos ayuntamientos de Falange, la laminación de los valores republicanos y el triunfo de la moral reaccionaria del nacionalcatolicismo. Me llegan de los pliegues del recuerdo escenas lacerantes de mujeres de exiliados republicanos y de viudas de guerra en Bellvís, rapadas al cero, custodiadas por la guardia civil y obligadas a beber aceite de ricino y pasearse por las calles del pueblo hasta que caían plegadas por los retortijones que las hacían defecar humillantemente ante los ojos del vecindario. Señales inequívocas de que el triunfo del fascismo no iba a perdonar resistencias, rebeldías ni solidaridades y que los pueblos que se habían mantenido fieles a la legalidad republicana se merecían el derecho de saqueo y desmanes diversos de las tropas moras que acompañaban a los vencedores sin misericordia en su feroz ocupación. En Bellvís tuvimos suerte —si de algún modo hay que llamarlo— y sólo entró el ejército regular franquista, lo que nos ahorró pérdidas económicas y humillaciones sin cuento, a diferencia de otros pueblos de los alrededores donde los mercenarios africanos tuvieron vía libre indiscriminada.

No es fácil decir que ya no hubo normalidad pese a que ya no había frente, ni soldados hambrientos, ni bombardeos, ni mítines ni

*Jaume Valls, en la típica fotografía escolar de los tiempos del franquismo. Archivo familiar del autor*



canciones de resistencia. Cumplí nueve años aquel verano de la victoria franquista y en septiembre abrieron una escuela gris y reaccionaria donde aprendí las primeras letras a base de palos, y las primeras plegarias, a base de bofetones. Obligaron a muchos padres a bautizar a sus hijos —a mi hermana, menor que yo, que no estaba bautizada, la tuvieron que bautizar con cuatro años— hicimos, obligados, la primera comunión, fueran nuestras familias creyentes o agnósticas y acabamos aprendiendo a cantar el *Cara al sol*, al mismo compás que aprendíamos el Credo.

Este es un buen momento para hablar de mi familia con la vara de medir los ideales. Mis padres no eran personas muy significadas ni tampoco mis abuelos. Mi abuelo paterno fue, en su época, algo carlista, por lo que su familia era muy tradicional y algo de misa, pero sin exageraciones. Mis padres fueron republicanos, sin más, con las ideas claras y, especialmente mi madre, era bastante anticlerical. Mi padre creo que acabó en la CNT, pero sin ideología anarquista. Era un hombre tranquilo que alguna vez había hecho trabajos de administración en el Ayuntamiento pero que nunca se significó. Intentaron asumir el nuevo régimen sin sobresaltos, mirando por la familia, pero sin ahorrar la solidaridad imprescindible con los vecinos de siempre. Para ellos, como para la inmensa mayoría de las familias rurales, la escuela fue un escenario de paso, incluso la re-

publicana, aunque todo el mundo coincidía en que la República hizo mucho por la enseñanza infantil.

Los vocacionales maestros republicanos fueron represaliados de inmediato y substituidos por falangistas que tenían como principales valores la disciplina y el castigo, y como exclusivo bagaje una instrucción precaria y muy escasa vocación. Allí donde no llegaba la Falange, sin embargo, llegaba la Iglesia. Por las tardes, el cura del lugar, substituía las aburridas clases de geografía por el catecismo, y la enseñanza de los nuevos valores del Imperio hacia Dios, de la nueva España, de los Reyes Católicos y de los mártires de la Cruzada, para inculcarnos los valores eternos de la patria liberada y del catolicismo más rancio y más oscuro. Tampoco las familias de entonces tenían la escuela como el primer objetivo para sus criaturas: los niños ayudábamos en casa en lo que podíamos y sin rechistar. Como en casa había vacas, a mi me tocaba muchas veces ir a recoger hierba y recuerdo que a menudo llegaba tarde porque tenía que ordeñarlas y hasta que no estaba el trabajo terminado no se iba a la escuela...

Tampoco la represión se hizo esperar. Más de un centenar de adultos fueron juzgados y condenados por el único delito de haber permanecido fieles a la legalidad republicana y más de 200 jóvenes alistados en el ejército de la República se vieron sometidos a trabajos



*Jaume Valls y sus compañeros de curso en Bellvís. Jaume es el tercero de la izquierda, abajo, con bufanda. Archivo familiar del autor*

forzados para rehacer puentes y caminos —en Balaguer, en Vilanova de la Barca— y, terminados esos trabajos, se vieron impelidos a realizar de nuevo el servicio militar en una misión que parecía no tener fin. Algunos se pasaron con el uniforme casi siete años. Bellvís, además de una veintena de jóvenes que murieron en el frente, no pudo ahorrarse tampoco su episodio local de fusilamientos: cuatro personas murieron ante el pelotón de ejecución en aquellos primeros meses y otros 60 paisanos, aproximadamente, tuvieron que elegir el camino de un exilio que, para buena parte de ellos, fue definitivo. Otros sí volvieron y llegaban con las orejas gachas. La derrota les seguía pesando en el alma, venían acobardados, buscando trabajo y procurando no recordar ni meterse en líos. Todo esto, en un pueblo pequeño como Bellvís, lo hacía mucho más penoso para esta gente.

Y así fueron pasando aquellos primeros años tristes. Fui a la escuela entre los 9 y los 13 años, más o menos. Algo aprendí, naturalmente. Un poco de números y un poco de le-

tras y todo en castellano, levantando la mano para poder hablar y con una disciplina casi militar. Mucha religión y demasiada historia sesgada. Y algo tuve que empezar a desaprender: mi propia lengua, con la que nací y con la que me desarrollé. Ese último año escolar forjó en buena medida mi carácter de rebeldía hacia lo que yo considero injusto y que me ha impulsado a responder siempre, sin medir demasiado las consecuencias.

Fue en la iglesia de Bellvís durante la misa del día de la Candelera, a la que nos obligaban a asistir. Imaginaros la escena: un cura hilvanando un sermón eterno, cargado de una solemnidad fatua y aburrida. Dos o tres adolescentes, casi niños, en un banco cuchicheando entre risas apagadas. Uno de ellos es hijo de un republicano exiliado. El otro soy yo. Cerca, el alcalde, falangista de pro, se gira para reprendernos. Se acerca a mi amigo y le suelta un bofetón casi sin mediar palabra. Para que no se interprete su acción como lo que en realidad era, un castigo diferido por los ideales del padre huido, se acerca a mi y me suelta otro.



*Jaume Valls con sus amigos en el año 1947. Archivo familiar del autor*

*A la derecha, Jaume con un amigo. Día de San José en Mollerussa, 19 de marzo de 1948. Dos horas después de esta foto, Jaume se rompió la muñeca y la clavícula en un accidente, según consta en el reverso de la fotografía. Archivo familiar del autor*



El llanto nos inunda y salimos del templo. Juramos no volver a pisar la iglesia. Y así lo hicimos. Recuerdo aquel episodio como si fuera hoy. ¿Allí nació mi odio a la fuerza bruta? ¿Mi resistencia al autoritarismo, mi consciencia antifranquista? Es muy posible que no. Que la semilla estuviera instalada en los años de convivencia con los milicianos, con los valores de la República perdida que habían sido arrollados por la maquinaria de guerra del ejército golpista, por la miseria de nuestros recursos, por la conciencia del trabajo, por el espíritu de clase que estaba en nuestros genes jornaleros. Pero aquella bofetada fue una alarma en el momento justo. Aquel falangista parió a un enemigo eterno. Un tiempo después, otro bofetón por hablar en catalán —“niño, habla en cristiano y deja de hablar el lenguaje de los perros”— colmó el vaso del odio y de la conciencia. Ningún nuevo golpe me tumbaría. Mi vida sería mi lucha contra aquel estado de cosas. Yo no iba a bajar la cabeza, aunque me la partieran (como así ha sido tantas veces...)

Al año siguiente mi padre consideró que había llegado el momento de ganarme el pan. Tenía 14 años y para mi se había acabado la escuela. Pensó que tenía que aprender un buen oficio y eligió que me hiciera panadero, “patisser” se denominaba entonces. No iba a

ganar mucho los primeros años, pero aprendería a hacer pan, allí mismo, en Bellvís, y me darían de comer. Recuerdo que me pagaron por primera vez a los tres meses de estar trabajando. Tres meses trabajando sin cobrar y sin rechistar y, al final, un salario que no llegó a los veinte duros (32 pesetas por mes). Así eran las cosas.

A mediados de octubre de ese mismo año llegaron las primeras noticias de combates aislados en el Pirineo catalán. Era el maquis que intentaba derrocar el franquismo ocupando el Valle de Aran para establecer un gobierno provisional republicano en territorio español. En Bellvís hubo un cierto revuelo y algunas detenciones de gente que se comentaba que había estado colaborando con los guerrilleros. Ese clima ponía de manifiesto que, para una parte importante de los vecinos, el conflicto reciente era imposible de olvidar. En la calle no se hablaba de ello, pero en la intimidad de las familias los comentarios eran algo habitual, rodeados de un creciente temor y del máximo disimulo. Yo no sé si los recuerdos coinciden exactamente con esas fechas, pero me vienen a la memoria algunas noches en casa escuchando las emisiones radiofónicas en un aparato de radio que mi tío, que vivía en Barcelona, había regalado a mi padre en cierta



Jaume Valls, segundo por la izquierda, con unos compañeros. Archivo familiar del autor

ocasión. Con todas las precauciones del mundo, escuchábamos, a través de un sonido pésimo y plagado de interferencias, las informaciones de la Pirenaica —Radio España Independiente— e íbamos atando cabos, haciéndonos una idea entre lo que escuchábamos, lo que veíamos y lo que se comentaba calladamente entre vecinos.

Lentamente, fueron sedimentando en mi interior las experiencias vividas y las conversaciones con gente de mi entorno que tenía ideas muy precisas sobre lo que había pasado y sobre lo que estaba pasando en Europa y en el mundo. Un compañero panadero llamado Ramonet de la Brisa —mayor que yo, sobre la treintena— me dio acceso, lo recuerdo muy bien, a un libro de Kropotkin, seguramente de los primeros que leí, donde se explicaba la verdad sobre la lucha de clases y el sueño de un mundo igualitario. Poco a poco fui descubriendo que aquel era un militante del Socorro Rojo y más tarde supe que se había afiliado al partido comunista. Precisamente, cuando el episodio del maquis, a este chico lo iban a detener. Un amigo suyo de la Guardia Civil le avisó en el último momento y pudo huir, y yo me quedé sin un interlocutor con el que hablaba de cosas de las que no se podía hablar ni siquiera en casa. Terminó pasando la frontera y trabajando y viviendo en una fundición cerca de París. Al final, un cuñado suyo me pudo dar su dirección y nos carteamos un tiempo. Yo no hacía más que pedirle que me recomendara nuevas lecturas porque tenía

ansia por conocer, por saber más y él, lógicamente no acababa de ponerse a tono porque no podía recomendarme lecturas que estaban censuradas y prohibidas. Al final, tanto insistí, que me recomendó un libro del que no recuerdo el autor: *El poder de la voluntad*.<sup>1</sup> Un libro que estaba en las bibliotecas y que yo devoré en muy poco tiempo. Era un libro de filosofía doméstica que venía a decir que la voluntad lo puede todo, que con el esfuerzo y el compromiso se pueden alcanzar grandes metas y que lo importante es prepararse para el futuro. Era algo así como decirme: prepárate para comprometerte y cuando estés maduro ya podrás hacer cosas... En fin, lecturas, comentarios y reflexiones que iban haciendo su trabajo en la mente de aquel adolescente que estaba creciendo.

Me mantuve de panadero —viviendo prácticamente allí en la panadería y durmiendo en unas cajas al lado del horno y sin colchón siquiera, porque empezábamos a amasar a las 3 de la madrugada y no acabábamos hasta las 3 o las 4 de la tarde— hasta que mi padre pensó que mejoraría nuestra economía si comprábamos dos o tres vacas y vendíamos la

---

1. Hay tres autores que escribieron un libro con ese título. Por lo que parece, el que se refiere Jaume Valls, debe ser un libro que era muy popular en la época escrito por el francés Paul-Clement Jagot, con fama de parapsicólogo. Hay otros dos autores con títulos semejantes, el británico William W. Atkinson y Johannes Lindworsky. Este último, sin embargo, publicó el libro después de estos años.

leche. Siempre repetía que me pagaban muy poco y trabajaba demasiado y que más valía “ser amo de poco que mozo de mucho”. Él solo no podía asumir aquella carga y pensé que una vez dominado el oficio —ya era casi oficial panadero— podía ser un buen momento para cambiar. Y así lo hice. Compramos las vacas, arriesgamos lo poco que teníamos y la cosa apenas funcionó un par de años, por lo que compaginaba el cuidado del ganado con un trabajo de empacador a destajo que nos permitió resistir durante un tiempo. Ya con 19 años y un poco cansado de ver que aquello no tenía demasiada salida, retomé el oficio cuando el panadero de Sidamón —que ya tenía referencias mías— me fue a buscar con la promesa de que me pagaría 80 o 90 duros al mes, más comida y cama, por llevar la panadería prácticamente yo sólo. Sidamón solo tenía entonces unos 700 habitantes.

Y allí me fui sin dudar. En la panadería estaba yo sólo porque el hombre ya era mayor y sus hijos no querían dedicarse a este negocio. El dueño había sido panadero en Barcelona y, conversación tras conversación, conseguí saber que lo habían reclutado en los años 20 en el *Sindicat Lliure*, que era un sindicato amarillo de la patronal que había practicado el pistolero contra los líderes sindicales de clase, fundamentalmente de la CNT.<sup>2</sup> El hombre me lo explicaba para demostrarme que él también había estado tentado

---

2. El *Sindicat Lliure* nació en Cataluña impulsado por la patronal en 1919, como respuesta a la huelga general convocada por la CNT en 1917 y por el clima revolucionario de los soviets en Rusia. Se creó para dividir al movimiento obrero y se sirvió de la violencia (pistolero) para terminar con los líderes sindicales. El abogado laboralista Francesc Layret o el líder anarcosindicalista Salvador Seguí, *el Noi del Sucre*, fueron algunas de sus víctimas.

por la defensa de los trabajadores, pero más tarde supe de qué se trataba y no me extrañaría que hubiera sido un personaje de armas tomar, en el sentido literal del término, aunque él siempre decía que le habían engañado, cosa no descartable en absoluto. Supe después que sus hijos no querían saber nada de la panadería porque se dedicaban al negocio de aquellos días: el estraperlo. Su hermano había combatido con las tropas de Franco y mantenía unos inmejorables contactos con las autoridades de la época y la Guardia Civil, que sus hijos supieron incrementar y utilizar de la mejor manera. Hay que tener en cuenta que en el año 49 todavía estaba racionado el pan en este país. De cuando en cuando, venía un camionero de la empresa monopolística y les comunicaba que en tal lugar había un depósito de gasolina a su disposición. Yo me acuerdo de bajar en bicicleta con un remolque y cargar gasolina en bidones que luego llevábamos a la panadería. Allí se vendía como si fuéramos una gasolinera, pero bastante más cara, porque siempre teníamos un remanente en época de escasez... Y lo mismo pasaba con los camiones de pescado fresco del Cantábrico o con el trigo de Castilla que a veces se disimulaba con cajas enteras de merluza y llegaba chorreando... Se hicieron de oro en pocos años y no me extraña que no quisieran continuar con el negocio del viejo, donde yo trabajaba, que daba bastante menos.

Mientras yo me mataba a trabajar, iba viendo como aquella familia se enriquecía deprisa y corriendo gracias a los contactos. De todos modos, conmigo siempre se mostraron generosos, de manera que me prometieron interceder para que no tuviera que ir a la mili. De hecho, no llegué a ir porque declaramos que mi padre era completamente dependiente y



*Agustina Guallar y Jaume Valls, bailando en la Fiesta Mayor, por la época en que se conocieron. Archivo familiar del autor*

que la familia no podía prescindir de mi, pero de no ser por esto, ellos hubieran conseguido sin demasiado esfuerzo no quedarse sin el trabajador que mantenía el horno en marcha y que, de hecho, servía de tapadera para los otros negocios, porque el pan estuvo racionado hasta 1951.

Corría el año 51 o 52. En la Fiesta Mayor de mi pueblo, en medio del baile, conocí a Agustina, la que muy pronto sería mi mujer, que estaba sirviendo en una casa rica de los alrededores, y enseguida nos hicimos novios. A mi el run-run del compromiso social, de la política, no me había abandonado y fue una suerte que mi mujer proviniera de una familia comprometida políticamente porque eso facilitó las cosas. Su padre había sido un dirigente de la CNT en Bujaraloz y había tenido contactos estrechos con Durruti y con todo el proceso de las colectivizaciones agrarias. Era una persona conocida que tuvo que huir, literalmente, cuando estaban a punto de entrar los nacionales, y se exilió en Francia. A mi suegra, que jamás se había metido en nada, la tuvieron tres años encerrada en la cárcel, con petición de pena de muerte incluida. Allí nació incluso su último hijo a los pocos meses de la huida del marido, dejando al resto de hijos de la pareja

solos y completamente desasistidos. Y luego, cuando por fin salió de la cárcel y consiguió reunirlos a todos, se marcharon de nuevo a Bujaraloz para encontrar la casa cerrada e inhabitable y una total ausencia de solidaridad, incluso de familiares más o menos cercanos, que no se atrevieron ni siquiera a alojarlos para no comprometerse. Ya os podéis imaginar la vida de sufrimiento que tuvieron que llevar a partir de entonces, hasta que pudieron reunirse con el marido en el exilio francés. Mi suegra, que participaba de los ideales de justicia social de su marido pero que no tuvo implicación activa en el sindicato anarquista, terminó totalmente asqueada de la política porque sólo les había traído desgracias.

Mientras tanto, yo seguía enviando cartas a París y recibiendo respuestas regulares de mi amigo, cada vez más transparentes, de modo que después de leerlas las quemaba en el horno para evitarme problemas. Y así, poco a poco me enteré que antiguos militantes del POUM del mismo Bellvís mantenían una especie de contacto orgánico a través del Socorro Rojo, para ayuda de los presos y de sus familias, que poco a poco se fue engrosando con gente más joven, buena parte de ellos vinculados con el PSUC y el partido comunista en

*Agustina y Jaume, durante el viaje de novios en Biarritz. Archivo familiar del autor*



*La granja y la casa de Bellvís construida “con nuestras propias manos”, según Jaume Valls. Archivo familiar del autor*



Francia. Al final, una de aquellas cartas me anunciaba que llegaría a Bellvís un compañero de París que tenía un encargo para mí. El encargo era organizar una célula del PSUC, a imagen y semejanza de las que se promovían allí donde se consideraba que había un núcleo de gente que, con el paso del tiempo y tras algunas comprobaciones, se podía constatar que era segura y de total confianza.

Cansado ya de la monotonía del horno en Sidamón, insinué la posibilidad de marcharme. Entonces me ofrecieron de todo: aumentarme el sueldo e incluso quedarme con el negocio de la panadería, pero yo ya estaba decidido a volver a casa. Volví, y me pase casi un año a jornal, limpiando acequias y haciendo otros trabajos, hasta que mis antiguos

patrones en Sidamón me ofrecieron ir de ayudante con ellos en el camión entre Lleida y Barcelona. Prometieron pagarme 1.200 pesetas al mes más la comida y, claro, no pude negarme. Me pasé un año entero sobre el camión, pero lo dejé algo asustado por las malas carreteras y el montón de accidentes que había entonces y pensé que, para estar todo el día encerrado en un camión, era casi mejor hacer de panadero en cuanto volviera a producirse la ocasión.

Mientras tanto, había llegado a Lleida la fiebre de la pequeña ganadería según un modelo de explotación de granjas avícolas que había causado furor en Reus. El Instituto Nacional de Colonización y Desarrollo Agrario, dependiente del Ministerio de Agricultura



*La única foto que se conserva de la madre de Agustina Guallar, con el marido en el exilio, rodeada de sus seis hijos (en la foto los seis hijos y un sobrino). El más pequeño de todos ellos, nació mientras su madre se encontraba en prisión. Archivo familiar del autor*



*El suegro de Jaume Valls, Paco Guallar, exiliado en Francia. Archivo familiar del autor*



*La familia de Agustina en Francia: Carmen, Paco Guallar, Agustina, Jaume, Santiago y Jesús, con la pequeña Martita, una prima de Agustina, de la mano de Carmen. Archivo familiar del autor*

franquista, otorgaba créditos al 7% para la instalación de granjas de pollos con la sola condición de tener un terreno para instalarla. Mi padre me dio la parcela y empezamos a construir la granja en el 53 y a comprar los primeros animales. Hacia el 54 ya la teníamos terminada, aunque todavía nos faltaba construir la vivienda anexa. Corría el año 1957 cuando se produjo una baja en el horno de Bellvís y me vinieron a buscar para reemplazarla. Sin apenas pensármelo, me avine a trabajar en el

horno y a dormir en la casa de la granja, mientras Agustina, mi mujer, se dedicaba a alimentar a los animales, a limpiar las instalaciones y al cuidado general de la granja. Tengo que decir que la familia Huguet, los del horno y del camión, incluso después de dejar los puestos de trabajo en los que me había pasado unos cuantos años, se portaron especialmente bien conmigo. Me alentaron a construir la granja, me dieron todo tipo de facilidades, desde tiempo, hasta la posibilidad de vender la carne

*Agustina Guallar y Jaume Valls (a la izquierda) con la hermana de Jaume Valls y su marido Ramón*



a través suyo, e incluso me dieron un crédito de 30.000 ptas. para terminar la granja y construir la vivienda. Sin ellos, sin la ayuda de los Huguet de Sidamón, las cosas hubieran sido mucho más difíciles.

Sobre el año 1955, hacemos un viaje a Francia para conocer a los que iban a ser mis suegros. Ellos habían podido al fin reunirse de nuevo en el exilio porque sobre mi suegro pesaba una condena de muerte del franquismo que le impidió regresar nunca. Para entonces yo ya mantenía una cierta militancia comunista a través de la célula de Bellvís, algo rudimentario, pero ya muy comprometida. Cuando conozco a mi suegro, anarquista convencido, dirigente aragonés de la CNT, compruebo que tenemos la misma pasión social y que nuestras ideologías, que durante la guerra habían sido duramente radicalizadas y opuestas, ahora que tenemos un enemigo común que es la dictadura, no producen tantas discusiones ni conflictos sino todo lo contrario. He de decir, pues, que el contacto con mi suegro fue sumamente agradable y que el inminente cambio estratégico —en 1956— que iba a proponer el Partido Comunista de España en torno a la política de Reconciliación Nacional, llegaba en un momento propicio, en el que se dejaba de lado todo lo aleatorio para poner la atención en el aspecto principal, la lucha contra la dictadura fascista que ocupaba España.

Yo ya tenía 25 años y me había independizado, de hecho, a los 17. Desde los 14 no había parado de trabajar en todo lo que se me presentaba e intentaba aprender cuanto podía, con dos objetivos fundamentales: prosperar, pero a la vez descubrir qué cosas movían el mundo y por qué unos pocos vivían en la abundancia y los demás vivíamos en una precariedad de la que tanto costaba salir. De no haber sido el primogénito de la familia, hubiera emigrado muy pronto, pero me retenía la obligación para con mis padres y hermana. Recuerdo que, en plena vorágine de la guerra de Vietnam por su independencia, unos cuantos jóvenes de Bellvís nos llegamos a plantear ingresar en la Legión Extranjera francesa para ayudar en el Vietnam y, además, conocer mundo. La enorme dificultad que suponía alistarse en un ejército colonial que luchaba contra un pueblo que se levantaba ante el ocupante extranjero y además en nombre del comunismo, me hizo desistir pese a que el objetivo que nos habíamos trazado era, una vez allí, atravesar las líneas y pasarnos a los combatientes vietnamitas que eran los nuestros. No lo hicimos, claro, pero la simple perspectiva ya nos pone de manifiesto qué tipo de gente éramos: dispuestos a casi cualquier cosa y con enormes ideales que el franquismo, lejos de destruir, no hacía más que consolidar a ritmo de injusticias y de falta de libertad.